

Yo no soy yo, evidentemente

Libros Por Arturo García Ramos.

Una de nuestras convicciones menos consistentes es la suposición de que cuanto experimentamos un día cualquiera de nuestras vidas tiene el hilo argumental de la identidad que creemos poseer. La brusca añoranza de un recuerdo, el perfil de un rostro entrevisto o el tacto cauteloso con que acariciamos una tela convergen en la unidad que declaramos escandalosamente nuestro yo, una superstición fácilmente desmontable. La apariencia de caos que transmite la última novela del mexicano Álvaro Enrigue se propone atentar contra esa apariencia falsa de realidad sucesiva y unívoca. El embrollo de materiales e historias que componen *Vidas perpendiculares* se tensa para zurcirse y rasgarse en torno a la conciencia de Jerónimo, un niño extraño, retrasado en todo, que es despachado como subnormal a vivir a la azotea, repudiado y sin afecto. Su mutismo, extraño y hasta sobrenatural, esconde sin embargo la memoria extravagante de un ser que ha acumulado más de treinta mil años de experiencia y que ha olvidado todo pero que, por momentos, parece capaz de recuperar mediante la escritura lo que llama sus «biografías acumuladas». Amparado en ese recurso de una conciencia anormal y prodigiosa, Enrigue dispara la narración hacia los territorios más insospechados y convierte la lectura de *Vidas perpendiculares* en la experiencia singular que caracteriza cada una de sus novelas.

Como en *Hipotermia* nos vemos ante un puzzle en el que las piezas claman por su unión y nos fuerza a buscar la soldadura oculta entre las partes. No todo es virtuosismo técnico. Las historias que se acumulan suceden en espacios y tiempos muy diferentes. Son historias aglutinadas por una mente disparatada en las que todo es posible y nada necesario. Son cuentos que proyectan el turbio mundo interior de Jerónimo, su conciencia escindida. Es esa identidad adulterada la que amalgama la heterogeneidad de discursos y personajes, la que nos habla para decirnos: «Yo somos varios». De los desdoblamientos sucesivos emerge un Jerónimo nuevo al final de la novela, más reconocible y nítido, como si todo el proceso de la escritura simulase la gestación de esa conciencia sólida última. Habrá que reconocer, no obstante, que esta es sólo una interpretación, pues las dificultades que propicia el malabarismo narrativo de Álvaro Enrigue dejan al lector a la intemperie y tratando de asirse a un manual de instrucciones para armar. ¿Quién dijo miedo?